

Francisco Gracia Alonso

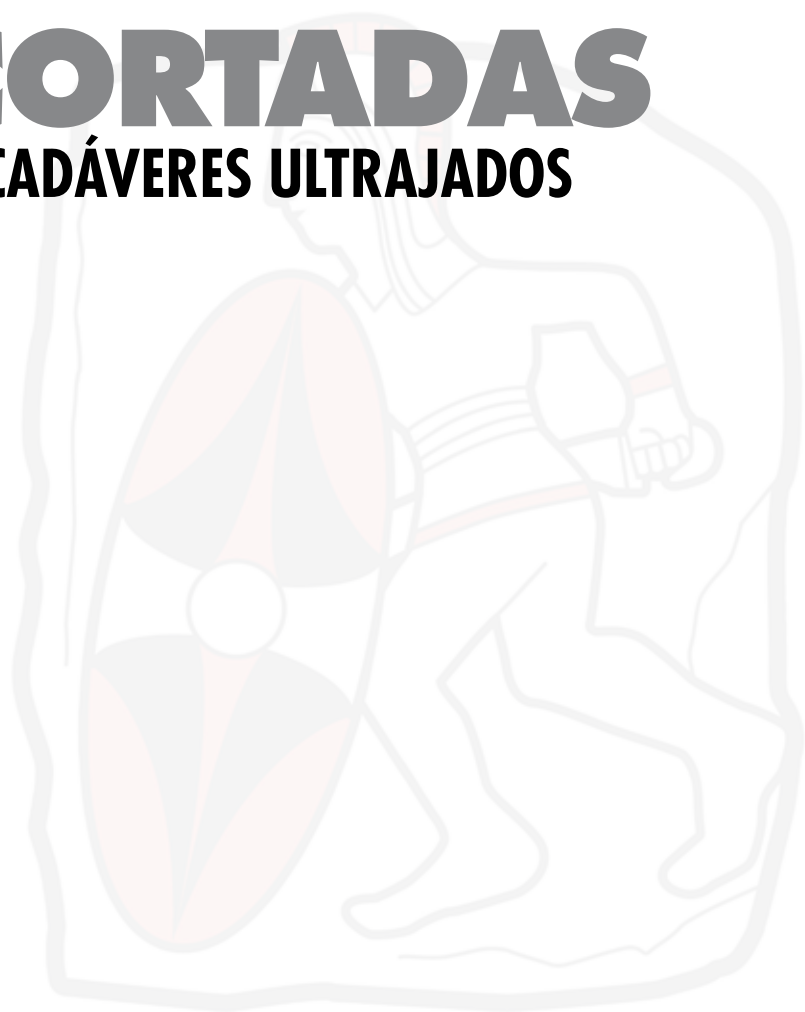
CABEZAS CORTADAS

Y CADÁVERES ULTRAJADOS

De la Prehistoria al Estado Islámico

CABEZAS CORTADAS Y CADÁVERES ULTRAJADOS

DESPERTA FERRELL

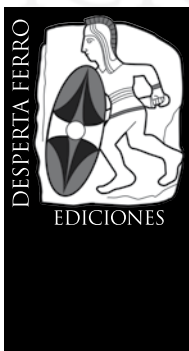
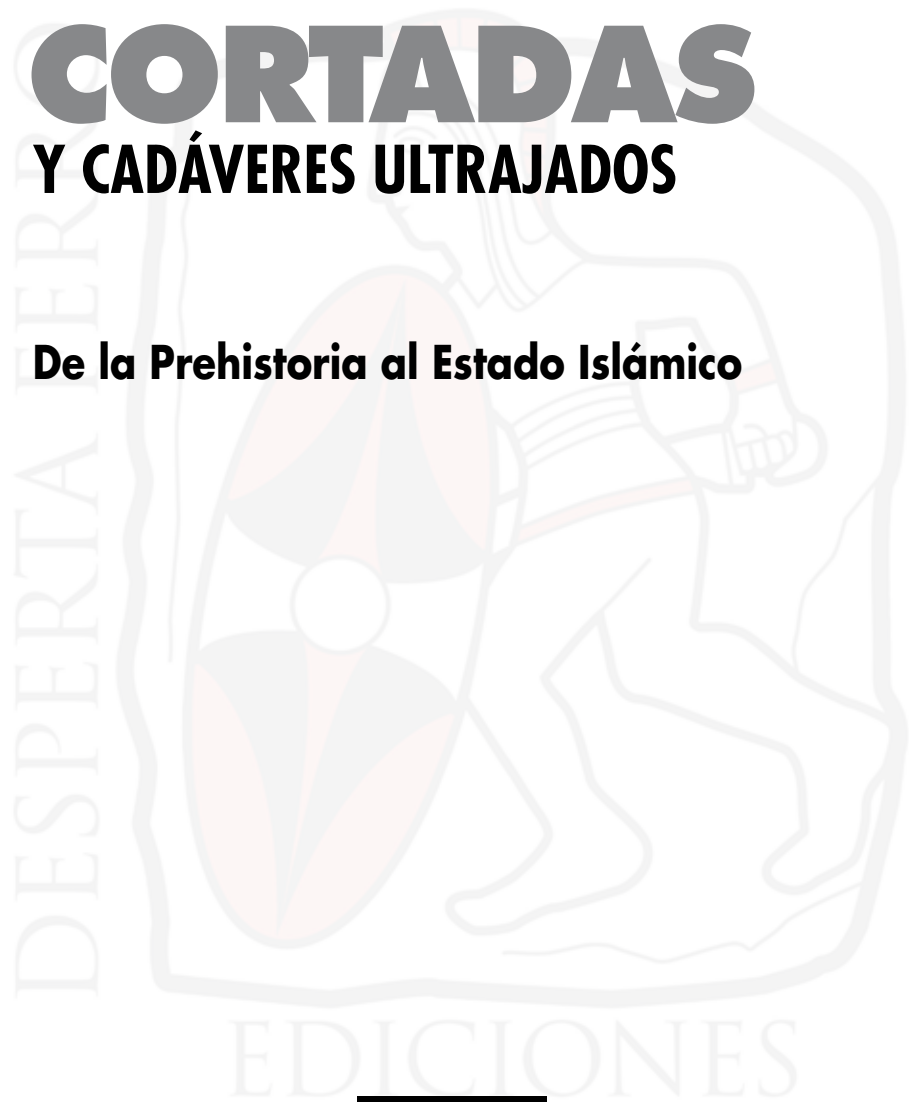


EDICIONES

Francisco Gracia Alonso

CABEZAS CORTADAS Y CADÁVERES ULTRAJADOS

De la Prehistoria al Estado Islámico



Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados
Gracia Alonso, Francisco
Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados / Gracia Alonso, Francisco
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2017. – 400 p., 16 p. de lám. : il.; 23,5 cm – (Historia) – 1.ª ed.
D.L.: M-24913-2017
ISBN: 978-84-946275-6-9

94 572 902
054.65 2.548
058.65-056.26
316.485.26

CABEZAS CORTADAS Y CADÁVERES ULTRAJADOS

Francisco Gracia Alonso

© del texto: Francisco Gracia Alonso

© de esta edición:

Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 – 1.º dcha.

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

© de las imágenes:

Dominio público, salvo que se indique otra fuente

ISBN: 978-84-946275-6-9

D.L.: M-24913-2017

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón

Primera edición: octubre 2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2017 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Stock Cero Dayton

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Lobo es el hombre para el hombre, y no hombre,
cuando desconoce quién es el otro.

Plauto, *Asinaria*, ss. III-II a. C.

Amigo mío, tú no les dirás con gran entusiasmo a los niños
deseosos de alguna gloria desesperada la vieja mentira:
Dulce y honorable es morir por la patria.

Willfred Owen, *Dulce et decorum est*, 1916

Las voces de todos los muertos que hemos mencionado aquí
nos dicen que la guerra es una villanía monótona.
Se trata siempre de una mezcla de crímenes
con independencia de la sociedad y de la época.

Lawrence H. Keeley, *War before Civilization*, 1996

Una turba es el hombre descendiendo al nivel
de las bestias espontáneamente.

Ralph Waldo Emerson

ÍNDICE

Introducción	IX
1 Arqueología del conflicto y concepto de violencia	1
2 La profanación del cuerpo del vencido	15
3 La memoria del triunfo	27
4 El análisis antropológico de las cabezas cortadas. Borneo, Melanesia y América del Sur	43
5 Egipto y Mesopotamia. El terror como arma en la formación de los Imperios	49
6 Violencia y exterminio en la Biblia. Un referente cultural e ideológico	71
7 Grecia y Roma. Violencia y política en los albores de la civilización occidental	87
8 La visión de los bárbaros. Cabezas cortadas y rituales guerreros en el mundo celta	109
9 Celtíberos e íberos. Sociedades guerreras en la Protohistoria de la península ibérica	119
10 La Edad Media. Religión y choque de culturas	157
11 Exaltación de la violencia. Los siglos XVI-XVIII. De los sacrificios humanos en las culturas mesoamericanas al código samurái	189
12 El siglo XIX. Revolución, colonialismo e indigenismo	221
13 De la Primera Guerra Mundial a los conflictos regionales. La globalización de la violencia en el siglo XX	265
14 El terror en el siglo XXI. Del ISIS al narcotráfico en América Latina	311
Epílogo	329
Bibliografía	337
Índice analítico	365

INTRODUCCIÓN

¡Que le corten la cabeza!

En la obra de Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas* (1865), la desatada Reina de Corazones, durante el desarrollo de una partida de croquet, ordena que le corten la cabeza a cualquiera que la contraríe. Esta escena despierta hilaridad en quienes contemplan cualquiera de sus adaptaciones cinematográficas, puesto que la orden de decapitar a cualquiera de los personajes de la obra se inserta en un contexto lúdico e infantil —aunque no fuera así en su inicio— en la que aparece desprovista del significado macabro que la frase expresa de forma literal. Sin embargo, constituye también un fiel reflejo de un mundo oscuro y de la propia historia de Gran Bretaña, en la cual el castigo de rebanar la cabeza se aplicó a una larga lista de nobles y príncipes.¹ Durante siglos, los reyes tuvieron la potestad de ordenar la ejecución por decapitación de aquellos a los que consideraban traidores a su persona o al Estado, desde la de Waltheof, señor de Northumbria, en el año 1076, al oponerse al poder de Guillermo I, hasta sir John Fenwick, ajusticiado en 1697, por orden del rey Guillermo III, debido a su participación en la rebelión Jacobita. Era esta una muerte infamante, pues el verdugo exhibía ante el pueblo reunido frente al cadalso la cabeza del condenado sostenida por el pelo, lo cual suponía una afrenta aún mayor que la propia muerte, cuyo significado era que un individuo de una clase social baja podía poner sus manos sobre un noble cuando este hubiera perdido su posición política al ser acusado de traición, lo que convertía en cuestionables las vidas y la intangibilidad de quienes formaban parte del grupo de los privilegiados. Además, la exposición, una vez finalizada la ejecución, en un lugar público, de la cabeza clavada en una pica o fijada en la picota, significaba prolongar con la muerte civil la condena a la manera romana, en un intento de borrar cualquier huella o influencia que hubiera tenido el reo en la estructura social.

El escarnio de la decapitación, precedida en muchas ocasiones por el paseo del preso en un cortejo denigrante expuesto a las iras de la plebe a la que se había aleccionado en su contra de forma oportuna, se consideraba, sin embargo, el sistema de aplicación de la pena capital más benigno debido a su rapidez y efectividad y a que la muerte por arma blanca en la guerra en una época en la que todavía se combatía cuerpo a cuerpo, definía por el uso de la espada la figura del caballero. Esto sería así, siempre que el verdugo fuera una persona hábil, pues, en algunas ocasiones, como en la ejecución de María

Estuardo, reina de Escocia, el 7 de febrero de 1587 por orden de Isabel I de Inglaterra, fueron necesarios tres golpes para acabar con su vida, por cuanto el primero, realizado con espada, le golpeó la nuca; el segundo le acertó en el cuello pero no llegó a desprender del todo la testa; y, el tercero, realizado ya con un hacha, acabó de seccionarla. Por tanto, mucho más ignominioso resultaba ser ajusticiado por cualquier otro método, como los reservados a los individuos de clase baja acusados de crímenes comunes, y la traición siempre era susceptible de entenderse como una ofensa de raíz ideológica derivada tanto de las ambiciones personales como de la propia actuación del monarca en tanto que gobernante.

El concepto «cortar la cabeza» ha traspasado el campo práctico de la muerte para convertirse en un recurso lingüístico y creativo presente de forma reiterada en el ámbito de lo cotidiano, donde algunas expresiones no sólo no se consideran ofensivas, sino que están desprovistas del carácter peyorativo de otras amenazas de muerte tan simples como «te mataré», considerada incluso desde el punto de vista penal como mucho más grave que alguna otra que incluya la palabra «cabeza».

«Pedir la cabeza», «cortar la cabeza» o «poner la cabeza en bandeja» son expresiones que se emplean de forma frívola y despojadas del significado sangriento que se les otorga en esferas de la vida cotidiana como el deporte o la política, cuando se solicita o explica desde las páginas de la prensa la destitución de un entrenador o un líder político, como en el caso del fracaso parcial de la primera ministra británica, Theresa May, en las elecciones de junio de 2017, a la que el semanario satírico francés *Charlie Hebdo*² dibujó decapitada y sosteniendo su cabeza bajo el brazo; o el caso de la defenestración del secretario general del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), Pedro Sánchez, por los partidarios de Susana Díaz, presidenta de la Junta de Andalucía, en octubre de 2016, la cual apareció dibujada en el semanario *El Jueves* de la mano del presidente Mariano Rajoy mientras sostenía la cabeza sangrante de su oponente político, aunque en este caso la víctima estaba más viva de lo que parecía;³ así como el de la caída política del presidente de la Generalitat, Artur Mas, a quien la agrupación política Candidatura de Unidad Popular (CUP) negó el imprescindible apoyo parlamentario para ser investido durante el otoño de 2015, y cuya cabeza se presentaba expuesta en la pared de un local imaginario de la CUP en el programa de sátira política de TV3, *Polònia*, a principios de 2016. Dicha crítica no siempre se realiza, como sucede en los ejemplos mencionados, desde una imagen fuerte en el fondo pero suave en la forma, cuya intención es primero provocar la sonrisa cómplice del espectador que, a renglón seguido, debería sentirse movido a reflexionar. En otras ocasiones, la sátira política es mucho más dura, como la protagonizada por la humorista estadounidense Kathy Griffin la cual, en mayo de 2017, sostuvo en alto una cabeza ensangrentada que representaba a Donald Trump, presidente de Estados Unidos, como inicio de una dura crítica a su gestión. Dicha ocurrencia, en todo caso, se ha vuelto contra ella debido a la excesiva crueldad de la imagen generada⁴ y al poder que representa tanto la institución como la persona que la ocupa. Hay que considerar, asimismo, que la opinión

pública estadounidense está muy sensibilizada con dicho tipo de imágenes, en especial, tras la visión de las ejecuciones de rehenes por decapitación a manos de al-Qaeda y Dáesh.

Los ejemplos políticos que comprenden la permisividad hilarante respecto a la idea de la decapitación, incluyen también el concepto de la humillación pública que la persona sufre. Dicha vejación exalta, al mismo tiempo, el triunfo de quien ha conseguido defenestrarlo o apartarlo del poder. Un elemento que gran parte de la sociedad considera humorístico por el medio y la forma en la que se practica, pero que no es sino la traslación al presente de los mismos conceptos por los que se regía la idea misma de la separación de la cabeza del cuerpo —esta vez sí, física y no metafórica— y su posterior exposición, aunque ambos juegan con la misma idea: la focalización de las frustraciones en una persona y el deseo de verla desposeída de su rango o caída de su pedestal social como fórmula para canalizar pasiones e instintos. Como dijo George-Jacques Danton antes de que lo guillotinaran en 1794: «No os olvidéis, sobre todo no os olvidéis, de mostrar mi cabeza al pueblo, merece la pena». La destrucción y humillación del contrario que se asume y con la que se convive sin problemas ni reparo en las consecuencias, como si el sistema social actual fuese la estatua de Cronos erigida en Cartago durante el siglo III a. C. que se traga las ofrendas de sus propios ciudadanos en aras de una expiación inalcanzable.

Con la excepción del caso de la cabeza ensangrentada de Donald Trump, existe una cierta permisividad social respecto de las imágenes literarias relacionadas con la decapitación, producto de la convivencia secular de la sociedad occidental con una serie de elementos culturales que incluyen la cabeza cortada o el cráneo. No sólo el arte occidental, el cual se basó, durante la Edad Media y el Renacimiento, en su mayoría en los relatos bíblicos, incluye numerosos ejemplos de decapitación como los referidos a las historias de David, Judit o Salomé, sino que las referencias sangrientas, el llamado «universo gore», tienen una amplísima legión de seguidores, sobre todo entre los sectores más jóvenes de la sociedad, para quienes las representaciones extremas de la decapitación o las mutilaciones son frecuentes y forman parte de su cotidianeidad.

La fiesta de Halloween es un claro ejemplo de aculturación de procedencia anglosajona que se aprecia en especial en Europa y otras áreas geográficas, donde la influencia estadounidense tiene un mayor peso debido a la incursión de los medios de comunicación en el discurso ideológico. Es el caso, por ejemplo, del relato *La leyenda del jinete sin cabeza*, un cuento de terror publicado por Washington Irving en 1820 en el que se narra el vagar de un soldado hesiano en 1784, y que ha causado impacto y fortuna en el imaginario colectivo ya desde su primera adaptación cinematográfica en 1922. Esto sin incidir en que la imagen más icónica de la relación entre un personaje de ficción y una calavera es, sin duda, la de Hamlet, príncipe de Dinamarca, quien en la escena 1.^a del acto V del drama shakespeariano, contempla el cráneo de su amigo de la infancia, el bufón Yorick, que unos enterradores han recuperado mientras preparaban la sepultura de Ofelia, lo que provoca que el príncipe se interrogue sobre la temporalidad del ser humano:

¡Ay! ¡Pobre Yorick! [...] ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, faltar ya enteramente de músculos, ni aun puedes reírte de tu propia deformidad...

Regresemos al núcleo del tema: el ejercicio y significado de la decapitación. La destrucción física de un ser humano por otro empleando para ello los métodos más crueles como expresión o canalización no sólo de una ira momentánea, sino de toda una serie de presupuestos ideológicos que focalizan en el ultraje del cuerpo del «otro» todas las frustraciones y odios acumulados por cuestiones de carácter social, político o económico. A las que deben sumarse las estrictamente ideológicas derivadas de las creencias religiosas o de las teorías sobre la superioridad racial, por citar tan sólo algunas debido a que las causas de la violencia son plurales, interrelacionadas y cambiantes en el espacio geográfico y en el tiempo, es una constante. Aunque algunas de ellas, como las citadas en último lugar, permanezcan siempre en la base de los estallidos sociales y los conflictos bélicos, la violencia extrema contra el cuerpo es un mecanismo de respuesta psicológico difícil de comprender desde los parámetros dominantes en el pensamiento contemporáneo. Sin embargo, la conducta de los ejércitos occidentales durante la Segunda Guerra Mundial, o de los soldados estadounidenses en la cárcel de Abu Ghraib disfrutando del mezquino poder que se ha concedido a unos individuos sobre otros, muestra que la degeneración no solo es posible, sino que con los incentivos adecuados puede desencadenarse en muy poco tiempo, el necesario para que los ejecutores sean conscientes de su impunidad.

El tránsito del individuo formado en una serie de valores o códigos de conducta, con independencia de países y épocas, a integrante de una masa que derivó en turba y era capaz de los mayores excesos, o ejecutor de las más diversas e imaginativas atrocidades, es un proceso muy interesante que no se explica por concepciones culturales concretas, sino por reacciones primarias universales vinculadas con los sentimientos de superioridad y el ejercicio del poder. Se trata, además, de una reacción que, en algunas ocasiones, se puede interpretar como instintiva y descontrolada, pero que en la mayoría es el resultado de una propuesta ideológica concreta y de una fría planificación orientada a la eliminación física del enemigo o genocida de comunidades. Así, durante la Revolución francesa, quienes contemplaban a diario las carretas de la muerte que offendaban su tributo a la guillotina en el patíbulo, se alegraron de las ejecuciones de Luis XVI y, más adelante, de las de Danton y Camille Desmoulins —a los que se consideraba moderados— así como, en un espacio de pocos meses, de las de Maximilien Robespierre y sus fieles, cambiando en el caso de los dos últimos el modo en que eran percibidos, pues pasaron de líderes de la revolución a traidores. No se trataba, por tanto, de una expresión política, sino de una desenfrenada venganza de clase, similar a las ejercidas por los reyes ingleses durante la Edad Media o por los miembros del segundo triunvirato para asegurarse el poder en Roma. El espectáculo de la muerte por la muerte, el traspaso de odios y frustraciones a otro ser humano, la adrenalina

motivada por el hecho de que mientras «el otro» muere y se le priva de su futuro, quien observa permanece y dispone de un elemento por el que quien va a ser ajusticiado hubiera renunciado a todo aquello que le confería un lugar preeminente en el sistema social: continuar con vida. Observar una ejecución durante un proceso revolucionario, o admirar la cabeza de un vencido aportada como trofeo de guerra es un ejercicio de poder, un sistema de cohesión social por cuanto al considerarse miembros de la colectividad que lo ejecuta o que ha obtenido la victoria aunque no se le pueda atribuir en persona, el individuo se siente integrante del proceso que ha desembocado en la guerra o la ejecución, y apoya la naturaleza de dichos actos por muy contrarios a la concepción social que parezcan.

La decapitación y toda la serie de ultrajes que se practican con los cuerpos de las víctimas, como las mutilaciones, las emasculaciones, el descuartizamiento, la extirpación de órganos internos, la quema y el desollamiento, sin olvidar en algunos casos el canibalismo ritual, tienen además un componente ideológico que sobrepasa el concepto específico de la muerte. Buscan la humillación, el quebranto de la memoria de los actos del individuo muerto mediante su degradación pública cuando se trata de personas conocidas o destacadas en sus estructuras sociales, o el ejercicio del terror cuando los asesinatos son innecesarios o masivos y se ejercen de forma indiscriminada no para obtener un beneficio o ventaja respecto del cuerpo social al que pertenecen las víctimas, sino sobre aquellos con los que todavía no se ha entrado en contacto pero sobre los que se obtiene así un ascendiente que facilitará la conquista o el dominio político en el futuro. La decapitación, ya sea mediante hacha, espada o guillotina, era deshonorosa por cuanto suponía el desmembramiento del cuerpo, concepto que tenía repercusión en la realización de los rituales funerarios en aplicación de los diferentes sistemas de creencias en las estructuras sociales. Esta mutilación, por lo general, se acompañaba de la exposición pública de la cabeza y, en ocasiones, del cadáver completo, o bien de sus miembros, repartidos por diversas ciudades de un reino o un estado como prueba de muerte y del poder de quien ha ejercido tal acción en contra de otra persona. El ritual de empalar la cabeza del ajusticiado o caído en combate y exhibirla en el extremo de una pica o lanza mientras se paseaba entre las tropas, a la vista del ejército enemigo, o simplemente dispuesta en un lugar de paso en el interior de las ciudades como recordatorio de lo acontecido e intimidación para el futuro, es universal y atemporal. Se trata, por supuesto, de la expresión de una victoria considerada definitiva o de un cambio social que se estima irreversible, puesto que cuando la cabeza de Luis XVI fue enseñada a la multitud tras su ejecución en 1793, pocos podían pensar que su hermano se sentaría en el trono veintiún años después como Luis XVIII.

Los romanos calificaban como bárbaras a las tribus celtas que llevaban a cabo cacerías de cabezas y las preservaban para su posterior exposición como uno de los principales trofeos que podía poseer un guerrero. Sin embargo, olvidaban que Sila y Cayo Mario se refocilaban, en ocasiones con lascivia, ante la visión de las cabezas de sus enemigos que les eran aportadas como pruebas de su muerte; que César hizo presentar las cabezas de sus soldados

ajusticiados o de los ciudadanos romanos muertos en batalla en el bando pompeyano tanto en Roma como en Munda; y, que el número de casos en los que un personaje público era linchado, decapitado y su cuerpo entregado a la plebe para que lo ultrajara y despedazara, tanto durante la República como en el Imperio, es extensísimo. Los asirios y los hebreos practicaban el asesinato masivo de poblaciones como forma de asegurar el control político y religioso de las ciudades y reinos que conquistaban; además, recurrían a la exposición pública de los cadáveres a través del empalamiento en diversas modalidades, sistema en el que los valaquios al final de la Edad Media, se convertirán en expertos imbatibles; los asirios y los egipcios contarán las cabezas —y, en algunos casos, los penes— de los vencidos para establecer una macabra estadística de la magnitud de los triunfos alcanzados por sus monarcas; los cristianos y los musulmanes emplearán, sin complejos, los recursos de la guerra psicológica o de terror, pues, con la ayuda de máquinas de guerra, enviarán al interior de las ciudades asediadas, ya sea Nicea, Antioquía, Mallorca o Barcelona, las testas de los prisioneros ejecutados; las estructuras políticas y territoriales en la América prehispánica expondrán las de los enemigos sacrificados, al igual que diversas tribus de Indonesia, Papúa Nueva Guinea y las islas del Pacífico Sur, del mismo modo que los soldados estadounidenses coleccionarán cráneos de japoneses como adorno, recuerdo y regalo de guerra para familiares y amigos durante la Segunda Guerra Mundial; para los guerreros escitas del siglo V a. C. las cabelleras constituirán un preciado trofeo de guerra, así como para las tribus de nativos americanos desde el siglo XVII, según una costumbre aprendida e incentivada por los colonos europeos desde el establecimiento de los primeros enclaves y asentamientos en el este de Norteamérica, y por las autoridades mexicanas en el sudoeste.

La ejecución de prisioneros de guerra es una práctica universal que todos los ejércitos han practicado; la brutalización de los combatientes para empujarles a realizar acciones que, en otras circunstancias, no habrían llevado a cabo es el resultado de un adoctrinamiento ideológico, político y social que menosprecia al adversario y exige de responsabilidad por sus actos a los soldados. Esa asunción de la culpa colectiva e individual por los crímenes de guerra y asesinatos masivos cometidos es más teórica y enfocada a una presentación amable de la realidad política, que creíble y resultado de una reflexión personal y como sociedad, como muestran los ejemplos de la reacción de la sociedad estadounidense durante el proceso por la masacre de My Lai durante la Guerra de Vietnam o la negación de responsabilidades de muchos soldados de la Wehrmacht y de las Waffen-SS por sus acciones durante la Segunda Guerra Mundial. Los genocidios, a lo largo de la historia, siempre los han planificado y estructurado dirigentes políticos, militares y funcionarios con una amplia educación adaptada a los conocimientos y formación de su tiempo, ya sea en Europa y África durante el siglo XX, en Oriente Próximo al principio del primer milenio antes de Cristo, o en Oriente Medio en los siglos XV y XVI. Es innegable que la industria de la muerte es un negocio universal que no necesita explicar sus reglas porque son de sobra conocidas: matar, cuanto más mejor, y de la forma más cruel posible.

Ya sea en los muros de las viviendas del poblado ibérico del Puig de Sant Andreu en el siglo III a. C., junto a la rostra en Roma en el I a. C., en el Puente de Londres durante los siglos XII al XV, o frente al Parlamento en el XVII, o en las puertas de la ciudad de Barcelona a principios del XVIII, las cabezas de los caídos en combate o ajusticiados podían ser expuestas porque no existía un rechazo social a dicho método de humillación del vencido, una empatía aunque fuera primaria respecto del diferente, desconocido o enemigo, sino todo lo contrario. Imperaba una verdadera sed de poder y de ejercicio de la violencia. Es incuestionable que las imágenes de las ejecuciones de los prisioneros del Dáesh, de los asesinados, decapitados y descuartizados en las guerras entre cárteles de la droga en México, o entre bandas en las cárceles sudamericanas, por citar tres ejemplos recientes, son repugnantes. Sin embargo, son los medios de comunicación quienes amplifican y difunden las grabaciones de dichas atrocidades en aras de la libertad informativa, llegando a convertirse a través de ellos en virales en las redes sociales. El hecho morboso, en una estructura social que ha asumido desde hace tiempo el consumo audiovisual de la violencia, tanto real como ficticia, muestra el interés por ver y conocer unas prácticas que se alejan de las reglas de comportamiento definidas por la misma. Una acción, la visualización del crimen, que une la curiosidad con el rechazo, y es evidente que también la aprobación por motivos políticos o ideológicos. Esta exposición a través de las redes y los medios de comunicación es la píctica contemporánea, el patíbulo del escarnio público, a veces más cruel por repetido e infundado que el propiamente físico, dado que en muchas ocasiones las actuaciones –irreversibles– pueden calificarse de linchamientos aunque el paseo por las calles sea mediático y no físico. Este escarnio es tanto o más real que el de algunos de los casos que recogemos en el texto.

Tenemos, por consiguiente, el resultado de la confrontación entre los elementos constitutivos del «nosotros» y el «ellos», la arquitectura ideológica que consiente y acepta diversos tipos de actuaciones cuando se practican en función de principios establecidos, pero que los rechaza cuando de verdugos se pasa a víctimas o se desarrolla una empatía por individuos y sociedades. Matar es cansado y a veces hastía, como en el caso de los soldados franceses a los que se ordenó acabar con los cautivos otomanos tras la conquista de Jaffa a finales del siglo XVIII, pero lo peor es que a veces –demasiadas– gusta a quienes tras perder la perspectiva de su pertenencia al género humano convierten un combate motivado en teoría por un principio loable como indicaba Tito Livio: «La guerra es justa para aquellos a quienes es necesaria, y son sagradas las armas de aquellos a quienes no queda otra esperanza», en una carnicería en la que ya no importa alcanzar unos determinados objetivos militares sino competir por conseguir ser el mejor en cercenar las orejas a los enemigos y poder lucir un cordón decorado con dichos apéndices. Horrores que, con frecuencia, se cometerán tan solo por conseguir la pertenencia a un grupo. Una camaradería de trinchera forjada, muy a menudo, sobre el crimen.

El resultado de dicha forma de pensamiento es la construcción de un relato historiográfico desviado de la realidad de los hechos y adaptado a un discurso que la mayoría de la población debe ser capaz de asumir. Ese discurso es,

en esencia, simplista, en términos genéricos de «buenos» y «malos», y presenta una visión, en muchas ocasiones, incorrecta o del todo contraria a la realidad de la historia, como si en un conflicto se pudiese entrar y salir con el uniforme immaculado y la conciencia limpia ante lo visto y ejecutado. Una vez pasada la adrenalina del combate, la asunción de una coartada moral en la que se ve el exterminio del enemigo como el único camino posible para la propia supervivencia, cuando el riesgo ha desaparecido, sobreviene el impacto más cruel con la realidad. El soldado ya no es útil a nadie, ni al gobierno que le sumergió en la lucha ni a la sociedad de la que proviene, puesto que las experiencias vividas han cambiado por completo su personalidad. En Estados Unidos, tras la Guerra de Vietnam, el número de delitos de sangre aumentó como secuela de las dificultades de muchos veteranos para reincorporarse a una sociedad que, no sólo no había apoyado su servicio en el Sudeste Asiático, sino que les había dado la espalda. Se tardaría una década en inaugurar, en Washington, el 13 de noviembre de 1982, el Vietnam Memorial, ideado por la arquitecta Maya Lin, pero el número de veteranos en situación de difícil reinserción no haría sino aumentar tras los períodos de servicio en Afganistán o Irak. ¿Significa eso que en las guerras anteriores no se produjo el llamado estrés postraumático a consecuencia de la negación de los actos realizados en combate? En absoluto. Sin embargo, la opinión pública entendió las dos guerras mundiales y la de Corea como honorables y necesarias; por tanto, el sentimiento colectivo de victoria acalló las críticas que, sin embargo, y desde una perspectiva positiva, consiguieron en algunos casos superar la barrera de la censura como, por ejemplo, en el film de William Wyler, *Los mejores años de nuestra vida* (1946) aunque con una crítica muy escasa.

Grecia y Roma son la cuna de la concepción del modelo social occidental, pero la violencia que ejercieron sobre sus ciudadanos o sobre los pueblos que definen, en ocasiones, verdaderos genocidios como en la península ibérica entre los siglos III y I a. C., la cual quedó subsumida por el principio de la civilización y los avances que esta aporta a los pueblos sometidos; los principios teóricos de la Revolución francesa sentaron las bases de las constituciones liberales en Europa y Estados Unidos durante el siglo XIX, pero también supusieron la implantación de más de veinte años de guerra, y el posterior desarrollo de las ideologías racistas que configurarían el colonialismo más exacerbado durante dos siglos; la invasión napoleónica en España implicó una durísima guerra de exterminio a la que puso fin la resistencia de la población —como si hubiera sido unánime— y una ayuda británica de la que se olvidan hechos como los de Badajoz o San Sebastián; y, por último, pero sin que ello suponga agotar los ejemplos, durante las dos guerras mundiales serán los Imperios centrales y las potencias del Eje los responsables de todos los actos de barbarie contra otros ejércitos y, en especial, contra la población civil, con el añadido del comportamiento del ejército soviético en Alemania y Europa Oriental en 1944 y 1945, un modelo con una base innegable pero, desde el punto de vista historiográfico, definido en clave de explicación de la Guerra Fría, la cual tan sólo en la última década ha sido investigada en profundidad desde la perspectiva de los aliados occidentales, lo que ha revelado actuaciones contra el enemigo y la propia población civil de los teóricos aliados

que no desmerecen más que en extensión a los practicados por los nazis con la excepción del Holocausto.

Hemos intentado mostrar, con el apoyo de la Arqueología del conflicto cuando ha sido posible, y sobre todo mediante los textos coetáneos, la visión de los combatientes sobre el enemigo en el campo de batalla o de las poblaciones que, por un giro del destino, pasan de ser objetivo de la violencia a poder ejercerla sin cortapisas. Las razones por las que la violencia tiene que sobrepasar la muerte y alcanzar la destrucción ideológica del vencido, a través del juicio y ejecución *post mortem*, en muchos casos, tras la acción de exhumar los cadáveres, exponerlos, vejarlos, mutilarlos como sistema para manifestar el triunfo de unas ideas, ya sea en Barcelona en el año 1909 con los féretros que contenían los cadáveres de las monjas inhumadas en la cripta de la iglesia de San Francisco de Sales, o las sevicias ordenadas por el protector de las artes y fundador de la Royal Society, el rey Carlos II, con el cadáver de Oliver Cromwell y de otros responsables de la ejecución de su padre, son múltiples. La venganza, reflejo del miedo y de la impotencia durante un periodo de tiempo prolongado, es también una de las causas esenciales en el trato indignante que, a menudo, se infligió e inflige a los cadáveres.

Este texto se ha desarrollado a partir de una conferencia que impartí en 2014 en la Universidad Autónoma de Barcelona por invitación de los profesores Jordi Vidal y Borja Antela Fernández, quienes editaron un pequeño texto sobre el tema centrado en el ámbito de la Protohistoria de la península ibérica.⁵ Con posterioridad, Javier Gómez Valero y Alberto Pérez Rubio, editores de Desperta Ferro Ediciones junto a Carlos de la Rocha, consideraron que el tema era lo bastante interesante como para trazar una visión de la decapitación y el ultraje de los cuerpos caídos en combate o ejecutados a través de la historia, reflexión que constituye la base del presente trabajo. Quiero, por tanto, no tan solo agradecerles la confianza, sino expresar mi reconocimiento por la labor que llevan realizando desde hace años en el campo de la divulgación científica de calidad de la historia militar a través de las diversas cabeceras de la revista Desperta Ferro, cuyos números dedicados a la Historia Antigua, Medieval, Moderna y Contemporánea, además de a la Arqueología, he tenido ocasión de revisar para redactar el texto, descubriendo en conjunto la calidad de los autores y trabajos editados hasta el presente. Mis compañeros de la sección de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Barcelona, en especial los doctores Maria Àngels Petit, David García Rubert y Josep M.^a Fullola se han interesado durante meses por los avances en la redacción y he comentado con ellos de forma distendida los ejemplos que sobre la crueldad humana iba recopilando, lo que ha hecho así más soportable un tema de por sí ya duro a pesar de ser tratado a través de la documentación bibliográfica y los planteamientos historiográficos y no de la recopilación de experiencias personales en el caso de las cronologías más recientes. Quiero también agradecer a Isabel López-Ayllón, editora de Desperta Ferro Ediciones, su ímprobo trabajo para convertir mi original en un texto legible, eliminando la legión de oraciones subordinadas que suelo emplear en mis textos, además de adaptar la bibliografía al sistema empleado por la editorial. Por último, Gloria y Andrea

han sufrido no sólo los rigores de la temática tratada, sino las ausencias y los cambios de humor derivados de los trabajos de investigación y análisis, sobre todo en las etapas en las que el distanciamiento no ha sido posible por cuanto los arqueólogos en ocasiones olvidamos que esos cráneos que aparecen en un yacimiento arqueológico y ante los que nos entusiasmos por el volumen de información que su estudio paleoantropológico y contextual puede proporcionarnos no son sólo documentos arqueológicos sino personas, muertas y ultrajadas con la misma furia y vesanía que las más próximas en el tiempo al presente, por lo que debemos recordar que aquello que ahora calificamos como crimen en función de la fecha, y lo que identificamos como historia por la misma razón son, en esencia, el mismo hecho reprobable, la misma muestra de hasta qué punto puede llegar el ser humano cuando se desprende de los elementos ideológicos que calificamos como cultura —o bien los aplica según los casos— y decide negar a otro ser humano el derecho a la vida que reclama para sí.

NOTAS

- 1 Vid. [https://en.wikipedia.org/wiki/List_of_people_who_were_beheaded#England]
- 2 http://internacional.elpais.com/internacional/2017/06/09/mundo_global/1496993845_008268.html
- 3 Vid. [<https://es.pinterest.com/pin/195414071311247599/>]
- 4 Vid. [<http://www.dailymail.co.uk/news/article-4556566/Kathy-Griffin-cuts-Trump-s-HEAD-outrageous-stunt.html>]
- 5 Vid. Gracia Alonso, F.: «Cabezas cortadas y rituales guerreros en la Protohistoria del nordeste peninsular», 2015.

3

LA MEMORIA DEL TRIUNFO

Las ilustraciones de la *Biblia de Maciejowski*, conocida también como *Biblia de los Cruzados* o *Biblia Morgan* por conservarse en la biblioteca homónima de Nueva York, es el conjunto de ilustraciones más importante de la Edad Media sobre los hechos del Antiguo Testamento. Es probable que se compusiera en el norte de Francia hacia mediados del siglo XIII, y su principal interés es constituir un ejemplo muy concreto y detallado de los usos de la guerra en su época. Por ello, cuando, por ejemplo, en los folios 28 y 29 se muestra cómo David le presenta a Saúl la cabeza de Goliat, o los episodios que condujeron a la derrota, muerte y exposición pública de los restos del rey, no se revela un hecho desconocido, sino una práctica cotidiana con todos sus detalles, repetidos de forma similar —por ejemplo, el paseo de la cabeza de un vencido— desde la Prehistoria hasta el presente. Dicho de otro modo, la codificación de los mensajes transmitidos a través de las muestras de crueldad en el ámbito de la guerra estaba estandarizada a la perfección, y era no solo comprensible para cualquier observador, sino usual, admitida y celebrada en las esferas política, social y religiosa. Y lo que es más importante, dicha transmisión se concebía y realizaba a través de la imagen, lo que potenciaba los aspectos más siniestros de dichas prácticas para conseguir una mayor impresión en el observador. Las representaciones de atrocidades se convertían así en una eficaz arma propagandística no solo para mantener la tensión social producida por los enfrentamientos de clase, sino también como base de la realización de futuras campañas al conformar entre la población los sentimientos de superioridad hacia los enemigos y de desprecio respecto de su suerte. Atemorizar al enemigo y, muy en especial, a la población civil de la que se nutría el reclutamiento de los ejércitos y que debía proporcionar el apoyo logístico y la cohesión moral necesaria para el mantenimiento de una conflagración, constituían, y constituyen aun en la actualidad, elementos consustanciales a la práctica de la guerra.

TERROR Y HUMILLACIÓN

El terror se entendía como una prolongación del combate. La humillación del vencido y de la estructura social a la que pertenecía no terminaba con la derrota en el campo de batalla, sino que, por el contrario, la victoria significaba el punto de partida para la aniquilación económica, social, moral y política de los derrotados. Estas ideas desembocaban, con frecuencia, en su exterminio físico, en las prácticas

genocidas. Algunas de ellas eran la destrucción de las ciudades, el saqueo de los recursos económicos, el asesinato en masa, la deportación de los supervivientes o su reducción a la esclavitud, la rapiña indiscriminada de bienes, la violencia y las vejaciones físicas y psicológicas contra la población civil y los cautivos, las torturas, las amputaciones y la exposición de los cadáveres, procedimientos todos ellos que no solo se conciben como castigos de temporalidad inmediata, sino como fórmula para fijar el recuerdo permanente de la derrota. Son, además, algunos de los métodos comunes que ejércitos y sistemas sociales han empleado de forma constante para conseguir la perduración de los triunfos militares, y con ellos de las conquistas territoriales o la posición política dominante obtenida. El objetivo, si no se alcanza la aniquilación tras masacrar a la población y vender o emplear a los cautivos como esclavos, es impedir cualquier intento futuro de revuelta y venganza a través de la extensión de un arma psicológica infalible: el terror que las anteriores matanzas han generado en quienes las padecieron o tuvieron noticia de ellas. El miedo al dolor físico y a la humillación se convierte en un instrumento excelente para vencer las voluntades, dado que la pormenorización de dicho miedo impedirá la cohesión social necesaria para que cualquier tipo de oposición tenga una mínima posibilidad de vencer. Al sistema político romano le resultó muy difícil imponerse en las guerras civiles y serviles que asolaron la península itálica durante los siglos II y I a. C., debido a la ruptura de la cadena de sumisión derivada de la asunción sin queja de un cierto orden social. La restauración de ese freno ideológico, una vez roto, era improbable por cuanto desde una perspectiva sensorial y de razonamiento resultaba imposible que, por sí mismo, un esclavo o un desposeído se aviniera a volver a serlo si no era por la fuerza y, aun en ese caso, era preferible perder los réditos económicos que significaba la devolución de los esclavos a sus amos, que dejar con vida a aquellos que se habían liberado a sí mismos. Era asimismo preferible el sacrificio ejemplar de dichos bienes para volver a crear las barreras ideológicas que conseguirían que el sistema perdurara, en aquellos que aún eran propiedad o dependían económicamente de sus señores.

Por ello, no solo se tenía que producir la muerte física del adversario, sino también su muerte social, lo que se conseguía mediante la exposición de su cuerpo o de su cabeza como trofeos a la vista de quienes habían sido sus partidarios. La brutalidad es, por tanto, un elemento determinante en los usos y costumbres de la guerra más allá de la propaganda. Dichas prácticas no son, en ningún caso, ignoradas ni por el conjunto de la población civil que las sufre, ni tampoco por los miembros del estado al que pertenece el ejército que las inflige. Las conductas que se considerarían incívicas, inaceptables y contrarias al ordenamiento moral de un grupo tienden a ignorarse, cuando no a comprenderse, si quien las padece es el enemigo. La venganza indiscriminada desplaza así a la justicia cuando se trata de confirmar la victoria con la destrucción física y moral del vencido.¹

El terror se transmitirá a través de dos fórmulas básicas: la obtención y exposición de trofeos y la humillación del vencido para que pueda recordar, a través de las huellas alojadas en su cuerpo y en su mente, las consecuencias de la derrota. En el primer caso debe entenderse que para el vencedor, cualquier vencedor, los trofeos y el botín no son solo las posesiones de los derrotados, sino también sus cuerpos, vivos o muertos. No era necesario llegar al desollamiento de un vencido

para fabricarse con él un capote, como sucede en los enfrentamientos entre tribus en la paradisíaca Tahití,² sino conseguir la cabeza del enemigo, el símbolo inequívoco e indiscutible de la victoria. Esa cabeza sería el recordatorio permanente de quién fue el vencido y cuál fue su papel en la estructura social, por lo que el vencedor podía sentir un orgullo permanente por habérsela arrebatado. Pero no sería el único, puesto que en función de la estructura cultural, cronología y área geográfica en que se desarrolle, el trofeo humano producto de la mutilación podían ser también las manos, los órganos genitales, los brazos, las orejas, la nariz e incluso los dientes, al no existir más límites que los de la imaginación para las atrocidades a las que se podía someter el cuerpo de un vencido, y ello sin tener en consideración que, en muchos casos, la tortura y la extracción de órganos precedía a la muerte, y que las mutilaciones realizadas a los cadáveres no tenían que corresponder en concreto a la obtención de un trofeo, sino que se buscaba sobre todo descargar la ira de la venganza sobre ellos y destruirlos tanto como fuera posible, con lo que se pueden documentar en las fuentes escritas referidas a cualquier época menciones, entre otras, al vaciado de ojos, emasculaciones, desfiguraciones del rostro, desventraciones, laceraciones de la piel y la carne para dejar a la vista los huesos, perforación de las orejas y oídos y amputación de los labios. De nuevo las causas eran múltiples, algunas de carácter religioso propias de culturas concretas, como la liberación del espíritu del muerto para impedir que se revolviera contra su asesino, elemento que indica la extensión y profundidad de las creencias en los ciclos de muerte y resurrección, y otras universales relacionadas con el apotropaísmo, como la amputación de los genitales y su posterior colocación en la boca del muerto, una práctica que puede constatarse desde los combates entre tribus en el Pacífico, a las acciones guerrilleras en la península ibérica durante las Guerras Napoléonicas y las luchas entre narcotraficantes o bandas en América Central y del Sur. Esto conectaba los dos elementos esenciales de la representación de la masculinidad propiciatoria y procreadora en un mismo ritual destructivo en el que se unían la desfiguración y la humillación.

Los mecanismos de la estructuración del pensamiento convergen sobre las ideas de la vigencia del trofeo y de su preservación. En algunas ocasiones, como entre las tribus célticas, la conservación de la cabeza del enemigo vencido se convertía en una cuestión de honor puesto que no se entregaban o vendían ni a cambio de su peso en oro. De esto puede deducirse que el valor simbólico era imperecedero o, al menos, podía transmitirse más allá de una generación, en especial si el relato se mantenía mediante el apoyo iconográfico, como resultaría en los casos de la escultura o la exposición en los lugares de tránsito de las cabezas. En otros, como las tribus dayak de Borneo, el valor de las cabezas obtenidas era cortoplacista, por lo que, para mantener su estatus social, era necesario que el guerrero renovara los trofeos que presentaba. En todo caso, existe un elemento esencial: para que el trofeo alcance todos los fines para los que es concebida su obtención y posesión, debe ser expuesto y contemplado. Los últimos en llegar a dicha conclusión son los miembros de Dáesh que empalan las cabezas de los ejecutados en las verjas de la ciudad de Raqqa, o los sicarios latinoamericanos que dejan sus macabros trofeos en lugares públicos, ya que están convencidos de que, en ambos casos, la difusión de dichos actos será inmediata a través de los medios de comu-

nicación, un ejemplo de voyerismo de consumo del dolor ajeno.³ Se trata de la fascinación por lo macabro, como reflejó el fotógrafo Joel-Peter Witkin al plasmar en imágenes las cabezas de unas víctimas de la violencia en Ciudad de México:⁴

Al hallar una cabeza entre los restos, decidió crear una obra maestra: «Cabeza de hombre muerto». La fotografía, gelatina de plata sobre papel, de veintisiete centímetros de alto por treinta y tres de ancho, muestra la cabeza en perfil de un hombre mestizo, al parecer víctima de la violencia policiaca. Podría ser la de cualquier otro decapitado, pues al perder su cuerpo todos los decapitados tienden a la semejanza. Su cabeza es un objeto orgánico en estado absoluto. Esta conversión en una cosa de lo que fue una persona, es lo que le da un sello que refleja lo que antes se juzgaba imposible de ser representado o fuera de la imagen: la atrocidad extrema.

La reflexión sobre las razones que llevan a un ser humano a degradar a otro hasta el extremo de ultrajar su cadáver y exponer sus restos, debe formularse desde la negación. La negación de los derechos del otro, del sufrimiento basado en el concepto de que no todos los individuos son iguales. El punto de partida de los conflictos étnicos o políticos, del desprecio al adversario y de su ulterior cosificación. La alteridad, sin embargo, no es reciente, sino que se encuentra en las bases teóricas de la cultura occidental. Platón (*Pl., Rep.*, V.469) consideraba odiosa la guerra entre las ciudades griegas, pero justa si se realizaba por parte de las *poleis* unidas contra los bárbaros, mientras que Aristóteles creía que la práctica de la guerra debía centrarse en la defensa de la ciudad, pero sin renunciar a imponer la supremacía (*Pol.*, VII.14.1333-1334): «La práctica de la guerra no se debe hacer por esto, para convertir en esclavos a pueblos que no son dignos de ello, sino primero para evitar ellos mismos ser esclavos de otros, luego para buscar la hegemonía con el fin de beneficiar a los gobernados». La justificación de la guerra y del derecho a la aniquilación del enemigo son consustanciales al pensamiento político occidental y superan con creces los arquetipos de Maquiavelo y Clausewitz. Montesquieu, pensador esencial en la configuración ideológica del mundo contemporáneo, indicaba en *El espíritu de las leyes* (X.2) que: «El objeto de la guerra es la victoria; el de la victoria, la conquista; el de la conquista, la conservación. De este principio y del que precede [el derecho de gentes] deben derivar todas las leyes», por lo que el filósofo defenderá el derecho a la guerra preventiva o de agresión y el derecho de conquista, aunque valora la necesidad de anteponer la conservación a la destrucción. Por su parte, David Hume (*Tratado de la naturaleza humana*, III.2.10) unirá a dicha reflexión sobre la conquista el concepto de la esencia misma del conquistador, como es el ejercicio de las ideas de honor y gloria para justificar y mantener lo adquirido mediante el conflicto. El surgimiento de los nacionalismos a partir de la Revolución francesa estructurará dicha forma de pensar a partir de los conceptos de «nación» y «patria» y la necesidad de su defensa por parte de los ciudadanos, que potenciarán la idea de la superioridad en función de las nociones de alteridad y de una fuerte estructuración ideológica basada en principios simples y asimilables como ele-

mentos definidores de la cohesión social necesaria para el desarrollo del esfuerzo bélico. Existe, en consecuencia, una línea de actuación respecto al ejercicio de la violencia que enlaza a la perfección desde la Prehistoria hasta el presente, y en la que la destrucción del contrario, y no la resolución de un conflicto demostrando supremacía, aunque sea mediante el uso de la fuerza, es el objetivo esencial. La diferencia en el mundo contemporáneo es la creciente dificultad para establecer un discurso expositivo que la población acepte por unanimidad, en el que se inviertan los recursos y energías para justificar los hechos *a posteriori* hasta construir un relato, casi en su totalidad, aceptado de la premisa «por qué se hizo lo que se hizo», hasta que la guerra en el pasado se convierta en un elemento esencial en la construcción narrativa del presente al aplicar los principios de Hume. El relato heroizante del pasado no solo sirve para que se acepten las muestras de crueldad hacia el enemigo, como el paseo de los cautivos desde Roma en el siglo I a. C. a Moscú en 1944 o Hanói en 1970, las ejecuciones sumarias o las violaciones generalizadas, sino que permite justificarlas como necesarias. Con ello, el sentimiento de culpa individual o colectiva, que podría experimentarse ante la contemplación del cuerpo o los despojos de un enemigo si se aplicasen las reglas esenciales de la convivencia, se troca con facilidad en satisfacción por el destino del vencido, regocijo por su desgracia y admiración por aquellos que han conseguido un trofeo que podemos considerar desde el presente macabro, pero que en su momento representa para amplias franjas de la población, y en especial para los grupos de soldados o guerreros que los han obtenido, una muestra tanto de orgullo como de recordatorio de haber sobrevivido a la posibilidad de morir. Sobre el cadáver ultrajado del enemigo vencido, o del compatriota ejecutado, se ha construido en muchas ocasiones el ascenso en la estructura social de los individuos. Es el concepto del héroe como catalizador de las necesidades de una estructura social, receptor del poder a partir de su dominio en el uso de la fuerza y protector del sistema social que empieza a configurarse durante la Edad de Bronce en Europa y que responde al concepto del rey con ejercicio del poder militar en las estructuras sociales de Egipto y Oriente Próximo.

LA MEMORIA IMPUESTA

La segunda forma de preservar la memoria del triunfo deriva de mantener en la memoria colectiva la superioridad física demostrada por el vencedor durante el conflicto. La idea de encontrarse a su merced y depender de él para sobrevivir. Un concepto aplicado en cualquier época que incluye la necesidad económica y alimentaria, la libertad de movimientos, la represión ideológica y, en especial, la violación empleada como arma de guerra y desestructuración de un sistema social. Es la aplicación del principio de no finalizar una guerra tras el fin de los combates, una vez instalada en el pensamiento de un grupo la noción del terror físico y sus consecuencias. Es un precepto intemporal y universal. Los seres humanos forman parte del botín y su uso es discrecional, ya sea entre las sociedades cazadoras-recolectoras de Papúa Nueva Guinea o en los conflictos bélicos de los siglos XX y XXI en Europa, por citar los dos extremos del proceso de «civilización» en función de los parámetros aceptados respecto a dicho concepto, aunque no debe olvidarse que

el estatismo en las sociedades no existe y sí un ritmo de evolución vinculado a las necesidades de subsistencia.

Como se ha indicado, las interpretaciones del significado de cercenar la cabeza al cadáver del vencido o de ejecutar a los cautivos mediante decapitación son múltiples y es probable que confluyan en la misma acción. Janet Hoskins⁵ define a los cazadores de cabezas como:

Una forma organizada y coherente de violencia en la que se da a las cabezas cortadas un significado ritual específico, y el acto de tomar la cabeza es consagrado y conmemorado de alguna forma.

Por otro lado, Armit⁶ los describe como:

Una forma de violencia ritualizada y sancionada por el grupo, en la que la eliminación de la cabeza humana juega un papel central. Por lo general, implica la curación, visualización y representación de la cabeza, a menudo dentro de un contexto religioso, pero todos estos elementos no necesitan estar presentes en todos los casos. El término más específico «cazadores de cabezas» también se utiliza para describir la violencia que puede ejercerse sobre los forasteros como fuente de trofeos de cabeza.

Tendríamos, en consecuencia, una suma de factores de carácter ideológico y religioso que permitiría explicar la costumbre de obtener y exhibir las cabezas cortadas, entendiendo que pueden coincidir en una misma franja espaciotemporal diversos orígenes y funciones, como se ha observado con anterioridad en las estructuras tribales de Papúa Nueva Guinea, donde conviven las testas de antepasados con las de enemigos vencidos en el mismo recinto, aunque con discursos expositivos diferenciados. El ritual de seccionar las cabezas no tendría así un único significado, sino varios en función de los propios cambios sociales internos en las comunidades en las que se practicaba.

La comparación antropológica del uso del cráneo en diversas sociedades a lo largo del tiempo permite indicar una primera fase, calificada de cosmológica, en la que se empleaba como elemento para expresar las necesidades de supervivencia del grupo, vinculadas a la fertilidad y la reproducción. Es decir, era un elemento intermedio en el que se volcaría la percepción ideológica de trasladar un ruego, pues mediante la posesión del cráneo se podrían aumentar las funciones indicadas y asumir la fuerza de otros individuos para fomentar la propia, dado que se consideraba que el alma residía en el interior del mismo, concepción en la que aún no debería incluirse la idea de la representación del poder como elemento determinante. Una segunda fase incluiría las cabezas cortadas dentro de la categoría de ítems propios de los rituales religiosos que definen la concepción religiosa de un sistema social, que actuaban, por tanto, como elementos de cohesión. No sería hasta un tercer momento, que diversos autores fijan en el siglo III a. C. en el área del sur de la Galia, cuando la concentración del poder en sistemas unipersonales propiciaría la heroización pública de los guerreros, representada por la asociación de las figuras

antropomorfas revestidas de panoplia guerrera a las cabezas de enemigos muertos presentadas como trofeo, como en el caso del conjunto escultórico del santuario de Entremont (Francia), cuyo significado es la apropiación de la fuerza de los vencidos. Un modelo que, en todo caso, es válido tan solo para el área a partir de la que ha sido formulado, puesto que consideramos que existen claras diferencias entre el significado de las cabezas cortadas en el área de la Galia y el nordeste peninsular.

Si partimos del propio significado de la cabeza como centro y personificación del conocimiento del ser humano, la sección puede llevarse a cabo por varios motivos: el interés por contar el número de los enemigos derrotados en un combate; infligir a los vencidos una humillación imborrable desmembrando sus cuerpos antes del ritual funerario; constituir una prueba de valor para el guerrero que ha alcanzado la victoria sobre su oponente, en especial si se ha producido en el transcurso de un duelo o combate singular frente a los ejércitos antes o durante la batalla campal; provocar el terror en los vencidos al utilizar la decapitación como una advertencia del futuro comportamiento del vencedor; obtener su fuerza y protección al preservar el cráneo de un enemigo prestigioso; emplear los cráneos como recipientes en rituales apotropaicos o de libación; y, reafirmar el prestigio social de los guerreros victoriosos mediante la ejemplificación ideológica del pensamiento del grupo respecto a los vencidos como sistema vinculante de cohesión. En todos los casos, no se trata de acciones destinadas al ámbito privado o restringido a grupos o fratrias de guerreros, sino que el componente esencial de los trofeos humanos era —y, por desgracia, aún lo es— la exposición pública, con independencia de si su origen era heroico o punitivo.

La decapitación es, al mismo tiempo, la prueba irrefutable de la muerte, con lo que se cierra el ciclo de vida del difunto en su ámbito público o político por cuanto la exhibición de la cabeza es una forma de humillación no solo del hombre sino también de su ideario, como sucede en el caso de los asesinatos políticos en Roma durante los siglos II y I a. C. El mensaje que con ello se transmite es la temporalidad del poder y la influencia política, así como también la fuerza de sus oponentes y la voluntad cambiante de la opinión pública, una práctica en la que, de forma subyacente, latía la idea de impedir que los diversos grupos de presión de la República tardía concentraran el poder de forma unipersonal. La presentación de la cabeza servía también como prueba de haber realizado un encargo, sobre todo referido a la captura o muerte de un adversario militar o político, como en la presentación de las cabezas de soldados romanos a Aníbal, según el relato de Polibio (*Histo.*, III.67, 3-4), o la de Indutiomar a Tito Labieno durante la Guerra de las Galias según el relato de Julio César (*Caesar, BG, V.58.6*). Esas entregas, en ambos casos, fueron recompensadas con regalos (*dona*) y podían considerarse también presentes que otorgaban prestigio, como en el caso de la cabeza de Varo, remitida por Arminio a Maroboudo como prueba de su victoria y acicate para que se uniera a la lucha contra los romanos, aunque el noble marcomano prefirió rechazar el regalo y envió los restos del vencido a Roma donde Augusto los entregó a su familia.⁷

En otras ocasiones, la cabeza de los romanos vencidos no se devolvía, sino que era objeto de escarnio y demostración de fuerza y resistencia, como explica Plutarco (*Plut., Vit., Craso, IV.XXXII*) que sucedió tras la muerte de Marco Licinio Craso en el desastre de Carras:

Surenas envió al rey Hirodes, que se hallaba en la Armenia, la cabeza y la mano de Craso, y haciendo correr en Seleucia la voz, por medio de mensajeros, de que conducía vivo a Craso, dispuso una pompa ridícula, a la que por sarcasmo dio el nombre de triunfo. Porque al más parecido a Craso de los cautivos, que era Gayo Paciano, le hizo vestir como mujer bárbara, y habiendo ensayado el que respondiese cuando le llamaran Craso o general, de este modo le llevaban a caballo, precediéndole trompeteros y lictores montados en camellos. De las varas pendían bolsas, y entre las hachas se veían cabezas de romanos recién cortadas. Seguían después rameras seleucienses entonando canciones insultantes y ridículas contra la cobardía y afeminación de Craso, y de este espectáculo gozaron todos.

En algunos casos, y siempre en el ámbito del mundo celta, el moribundo podía entregar su cabeza como un bien que daba prestigio a sus familiares y deudos;⁸ una acción que implicaba la máxima notoriedad y estatus en el seno de un sistema social, por cuanto la mayor prueba de respeto que puede ofrecerse a una divinidad es la renuncia a la vida al inmolarsse en sacrificio, pues las prácticas en las que se emplean víctimas animales o humanas entregadas por el oferente constituyen simples sustituciones. En otros casos, quienes deseaban offrendarse por el bien de los suyos o de la comunidad se hacían sacrificar por decapitación tras haber recibido –y compartido– regalos de precio (Aten. Náuc, *Banq. erud.*, IV.154.d–e):

Otros, en un espacio público o en un lugar de asamblea, tras recibir oro y plata, en ocasiones habiendo obtenido ánforas de vino, y comprometidos con solemnidad a devolver estos regalos tras haberlos compartido con sus familiares y amigos, se acostaban de espaldas sobre su escudo y alguno de los que le eran más próximos le cortaba el cuello con una espada.

Además de las decapitaciones, en el mundo antiguo las mutilaciones masivas se emplearon como un recurso destinado a fomentar el terror entre los enemigos y los aliados inseguros e impedir posibles sublevaciones, una práctica muy utilizada por el ejército romano durante el siglo II a. C. en Hispania durante las fases más duras de las guerras de los lusitanos y los celtíberos. Por ejemplo, la amputación de las manos condenaba a quien la sufría a padecer el suplicio y la vejación moral de tener que depender de otros para todas las acciones de la vida cotidiana. También lo desprestigiaba socialmente ante la estructura social y política a la que pertenecía, al impedirle portar o blandir armas, símbolo por excelencia de la libertad y la independencia, como individuo y como miembro de un grupo, al no poder participar en el futuro en la defensa de la comunidad ni obtener prestigio en combate, lo cual era la base del *furor* céltico. En este sentido, la muerte en combate era un fin más honorable que la supervivencia tras la amputación. Escipión Emiliano, según indica Apiano (Ap., *Hist. Rom. Ib.*, 93) amputó las manos de cuatrocientos miembros de la *iu-*

ventus de la ciudad de Lutia que pretendían ayudar a los asediados numantinos, mientras que Fabio Máximo Serviliano ordenó idéntico suplicio para todos los seguidores del caudillo lusitano Connoba tras capturarlos el año 141 a. C. (Ap., *Hist. Rom. Ib.*, 68). En todo caso, para los celtíberos, la amputación de las manos era equivalente a la petición de entrega de las armas que dio origen a la guerra numantina en el 154-153 a. C. (Luc. An. Flo., *Epít. Hist. Tit. Liv.*, 1.34.3).

No se trata de casos aislados ni de una práctica reservada a las guerras entre Roma y los pueblos considerados *bárbaros*. Durante los conflictos entre estados en el Mediterráneo oriental, en muchas ocasiones, la esclavitud podía ser un mal menor para el vencido ante la crueldad del vencedor. Y no se trata solo de la conocida crueldad asiria. Tanto los atenienses como los samios señalaban a los cautivos de las otras *poleis* con un hierro al rojo que representaba, en el primer caso, a la lechuza de Atenea y, en el segundo, el barco símbolo de la ciudad, mientras que a los supervivientes de la expedición de Nicias a Siracusa a finales del siglo V a. C. los marcaron con una figura de un caballo. No era para perpetuar la humillación que provocaba la derrota, sino porque la crueldad podía llegar al extremo de que mutilasen a los cautivos para impedir que tomaran parte en el futuro en una nueva contienda. La Ekklesía ateniense permitió a Filocles amputar el pulgar de todos los que caían en sus manos para evitar que empuñaran de nuevo una lanza o un remo, como indica Jenofonte (Jen., *Hel.*, II.31), quien también explica cómo los propios atenienses acordaron, antes de la decisiva batalla de Egos Pótamos, cortar la mano a todos los enemigos que fueran capturados, aunque tras su derrota los vencedores se vengarían ajusticiando a tres mil prisioneros atenienses (Jen., *Hel.*, II.31).

Los sacrificios humanos y las mutilaciones rituales, explicadas por Julio César en la Galia (Caesar, *BG*, VI.16), donde se prefería que los ejecutados mediante rituales fueran personas culpables de algún crimen, no personas inocentes, o en la Grecia antigua donde se prefería ejecutar a los cautivos,⁹ se extendían a lo largo de la península ibérica, en especial en el área celtibérica y lusitana, y continuaban vigentes durante el siglo I a. C., puesto que Publio Licinio Craso, procónsul de la Ulterior entre el 96 y el 94 a. C. debió recriminar a los jefes de la tribu de los bletoneses que mantuviesen la costumbre de sacrificar seres humanos a sus divinidades. Una costumbre que Estrabón (Estr., *Geo.*, III.6) también cita como propia de los lusitanos, de los que también indica que sacrificaban a su dios de la guerra, a caballos y a los prisioneros de guerra:

Amigos de sacrificios son los lusitanos y observan las entrañas sin arrancarlas; fijan especialmente su atención en las venas del costado y palpándolas las examinan. Adivinan también el porvenir por medio de los prisioneros, a los que cubren con capas; después, cuando los golpea el adivino, por la caída adivinan en primer lugar. Cortando las manos de los prisioneros, dedican en ofrenda las diestras.

El paseo procesional de las cabezas de los vencidos clavadas en el extremo de una pica o lanza forma parte del relato homérico (Hom., *Il.*, XIV.486.ss.), por ejemplo, en la muerte de Ilioneo a manos de Penéleo:

La lanza, penetrando por debajo de una ceja, le arrancó la pupila, le atravesó el ojo y salió por la nuca, y el guerrero vino al suelo con los brazos abiertos. Penéleo, desnudando la aguda espada, le cercenó la cabeza, que cayó a tierra con el casco; y como la fornida lanza seguía clavada en el ojo, cogiola, levantó la cabeza cual si fuese una flor de adormidera, la mostró a los teucros [...] blasonando el triunfo...

Este era un uso muy habitual de los celtas, tanto en las regiones de Europa Oriental como en las centrales y occidentales. A modo de ejemplo, en la primera zona, los galos establecidos en Macedonia a las órdenes de Bolgios ejecutaron al rey de Macedonia Ptolomeo Keraunos y lo decapitaron tras hacerle prisionero el año 279 a. C. A continuación, clavaron su cabeza en el extremo de una lanza y la pasearon por el campo de batalla para inspirar terror en sus enemigos (Pom. Trog., *Epít. hist. fil.*, XXIV.4-5). Asimismo, en el norte de Italia, mostraban los restos del cónsul Cayo Atilio Régulo, muerto al inicio de la batalla de Telamón en el 225 a. C. según el relato de Polibio (Polib., II.27-28), y los de Lucio Postumio Albino, caído ante los boyos durante una emboscada en el bosque de Litana el 216 a. C. La cabeza de este último, tras ser paseada, la descarnaron y recubrieron el cráneo con oro para emplearla en libaciones religiosas, según los relatos de Polibio (Polib., III.106-108), Cicerón (Cic., *Disp. tusc.*, I.37) y Tito Livio (XXII.35; XXIII,24):

Los boyos, entre ovaciones, llevaron los despojos del cadáver y la cabeza cortada del general al templo que entre ellos era objeto de mayor veneración. Luego, vaciando la cabeza según su costumbre, cincelaron en oro el cráneo y lo utilizaban como vaso sagrado para hacer libaciones en las solemnidades y servía al mismo tiempo de copa al sacerdote y a los guardianes de los templos.

El texto de Tito Livio aunque, en los últimos tiempos, se ha considerado falso al no encontrarse referencias al mismo en el relato, anterior en el tiempo, de Polibio,¹⁰ así como en los de Diodoro de Sicilia (Diod. Sic., IV.4-5) y Estrabón (Estr., *Geo.*, V.27-29), indican un doble tratamiento de los cráneos obtenidos como trofeos de guerra, puesto que en los tres casos se emplean diversos métodos para conservarlos, ya sea mediante el vaciado y el recubrimiento de oro para luego utilizarlo en ceremonias religiosas, o mediante el uso de sustancias conservantes que, en principio, se aplicarían sobre las partes blandas de la cabeza y no sobre el cráneo, puesto que una vez eliminadas esas partes blandas no tiene sentido utilizar aceite de cedro u otras sustancias conservantes. Se trataría pues de un ritual vinculado al mismo origen, obtener trofeos de guerra, pero con diferente finalidad, dado que no se pretendería su exposición pública, como sucede con los cráneos clavados, sino preservarlos en el ámbito doméstico, a través de la aplicación de un modelo de posesión y muestra íntimo y particularista, contrario al anterior. Las diferencias pueden ser territoriales o cronológicas, por cuanto ninguno de los ejemplares del nordeste peninsular presenta restos de materia conser-

vante y su cronología no sobrepasa el inicio del siglo II a. C., mientras que los textos de Diodoro de Sicilia y Estrabón, basados en la obra de Posidonio, se circunscriben a una visión directa de dicha práctica cultural realizada con un siglo de diferencia y en el área del sur de la Galia.

Otra forma de conservar los restos de los vencidos era exponerlos en el propio campo de batalla. Así lo hacían, por ejemplo, los queruscos y sus aliados tras la victoria sobre Varo en el bosque de Teutoburgo, según el relato que Tácito (*Tác., Ann., I.61*) realizó del descubrimiento de Germánico:

En medio de la llanura, las osamentas blanquecinas, solas o amontonadas, recordaban a quienes habían huido o luchado, sembraban el suelo mezclados con osamentas de caballos y armas rotas. Cabezas humanas colgaban de los troncos de los árboles, y se observaba, en los bosques cercanos, los altares bárbaros en los que fueron inmolidos los tribunos y los centuriones primipilos. Y los supervivientes de aquel desastre, que habían escapado del combate o del cautiverio, contaban cómo aquí habían caído los legados, allá les habían arrebatado las águilas; dónde había recibido Varo su primera herida, dónde había hallado la muerte por un golpe de su desdichada diestra; en qué tribuna había pronunciado Arminio su arenga, cuántos eran los patíbulos de los cautivos, y cuáles las fosas, y cómo habían hecho altanero escarnio de enseñas y águilas.

Si bien el relato de Tácito tenía como objetivo describir los horrores del exterminio de las legiones durante la batalla y tras ella, también los romanos emplearon en diversas ocasiones el sistema de exponer y pasear las cabezas de los vencidos para provocar el pánico entre sus enemigos, por ejemplo, tras la batalla de Munda en el 45 a. C. (*An., Bell. hisp., 31*):

Sitaron los escudos y las lanzas que habían tomado al enemigo en forma de empalizada de la que sobresalían los cadáveres; las cabezas cortadas a los muertos se fijaron sobre la punta de las espadas y todas se giraron en dirección a la ciudad, de manera que los enemigos no solo estaban encerrados por este muro, sino que también podían ver las insignias de la virtud guerrera que inspiraban miedo. Los galos empezaban un sitio siempre de esta manera, tras haber rodeado la ciudad con trágulas y jabalinas, pero también con los cadáveres de sus enemigos.

Y esto sin olvidar que el propio César en el año 46 a. C., en Roma, no dudó en hacer decapitar, para luego clavar y exponer en público las testas de los legionarios que exigían un reparto diferente del botín obtenido en la lucha sostenida contra los pompeyanos en África.

Del mismo modo, es significativo que al referirse a los sacrificios y ejecuciones practicados por las comunidades célticas, los textos clásicos indican diversas formas de torturas, sevicias y crueldades (*Diod. Sic., V.32; XXXI.13*), (*Estr., Geo., IV.4.6*), (*Paus., Desc. Grec. X.22.3*), con exclusión de la decapitación, por lo que

existía una clara diferencia en el significado de los distintos tipos de muerte. La decapitación tan solo se recoge en un texto, un manuscrito vaticano (Parad. Vat, *Rel Ext.* 44.1) relativo al consejo obtenido de las mujeres para hacer la guerra, indicando que en caso de derrota cortaban las cabezas de aquellas que habían opinado y las arrojaban más allá de las fronteras de su comunidad, lo que supone una expulsión o extrañamiento del grupo social, un castigo considerado más duro que la exposición permanente de sus cabezas, por cuanto a la punición se uniría de forma indefectible el recordatorio como estigma de la derrota.

La cabeza cortada y la exposición del cráneo formaban parte, en resumen, de una ideología vinculada con las élites guerreras de carácter ecuestre en las que se aunaban los conceptos de sacralidad, creencias religiosas, valor y mantenimiento de una posición social a través de un determinado tipo de gestualidad. Dichas ideas, se expresan a través de la exposición del cráneo en lugares públicos colectivos, o domésticos con acceso a los miembros de un grupo familiar o gentilicio, y pueden vincularse a rituales de carácter iniciático de las élites guerreras pero no a un específico culto al cráneo.

EL ULTRAJE DEL CUERPO DE LOS VIVOS

El secuestro de mujeres para emplearlas como esclavas, criadas y concubinas, se describe en la *Iliada* como una actividad socialmente aceptada, producto de la concepción de la guerra en el mundo micénico y en la Grecia arcaica, hasta el extremo de que una esclava llega a reconocer que su amo pagó un precio justo por ella tras ser raptada por piratas (Hom., *Od.*, XV.426-429), como indica Agamenón en la *Odisea* (Hom., *Il.*, I.366-369):

Marchamos contra Tebas, la ciudad sagrada de Eetión, y saqueamos la ciudad, y nos lo llevamos todo a nuestro hogar; y los hijos de los aqueos todo lo distribuyeron con justicia, y para el hijo de Atreo eligieron a Criseida, la de las mejillas sonrosadas [...] No devolveré a la niña [Criseida]; pronto le sobrevendrá la vejez en mi propio hogar, en Argos, lejos de sus tierras, trabajando en el telar y compartiendo mi lecho.

Dado que a las mujeres se las considera una parte esencial del botín de guerra (Hom., *Il.*, VI.95; IX.278-281; 591-594; XVI.830-832; XVII.265; y *Od.*, XI.403; XXIV.113), Aquiles le reconoce a Ulises que su principal preocupación para emprender una guerra, como muestra en las veintitrés ciudades que dice haber saqueado, es la obtención de botín y mujeres, entre ellas Briseida, a quien considera su esposa aunque haya sido «obtenida con la lanza». La crítica de Aquiles es la misma por la que siglos después Alejandro indicará a Parmenio que no tenga piedad contra los soldados que hayan violentado a las «esposas de hecho», las cuales se obtuvieron como parte del botín y eran propiedad de otros soldados, que acompañaban a las tropas, según explica Plutarco (Plut., *Vit., Ale.*, XXII). El ejemplo más claro de la cesión del sentimiento de culpa por la derrota es la violación, empleada desde la Antigüedad para desestructurar una sociedad al romper los referentes culturales vinculados a la transmisión hereditaria y la vir-

ginidad como referencia esencial en la configuración del sistema familiar, como ejemplifica el relato —es probable que sublimado en cuanto a su importancia— conocido como «La continencia de Escipión» en relación con la protección de la prometida del caudillo celtíbero Alucio a raíz de la conquista de Cartago Nova el año 209 a. C., por Publio Cornelio Escipión. Dicha mujer, «una doncella en la flor de su edad y de peregrina belleza» según la descripción de Polibio (Polib., *Histo.*, X.19.3), durante el saqueo de la ciudad le habría sido entregada por sus soldados como parte del botín, y su rechazo a violarla se recoge en los textos de Tito Livio (Tit. Liv., *Ab urb. cond.*, XXVI.50), Dión Casio (Dio. Cas., *Hist. Rom.*, 57, 42), Sexto Julio Frontino (Sex. Jul. Fron., *Strateg.*, II.11.5), Lucio Aneo Floro (*Epít. Hist. Tit. Liv.*, I.22.38), Cornelio Nepote (Cor. Nep., *De vir. ilus.*, 49), Valerio Máximo (Val. Máx., *Factorum et dictorum memorabilium*, IV.3.1), Aulo Gelio (Aul. Gel., *Noches áticas*, VII.8.3) y Polibio (VII.16.6), donde contesta con la frase: «Si fuera simple soldado no pudiérais hacer un regalo más dulce, pero siendo general ninguno más despreciable». Aunque el resultado de su gesto sería el establecimiento de una *fides* por parte del *princeps* celtíbero que realizó una leva entre sus clientes, para poner al servicio de Escipión un contingente de caballería integrado por mil cuatrocientos jinetes, la anécdota revela el destino de las mujeres en caso de derrota y ocupación de las ciudades. Un destino mucho más cruel en todos los casos que el relatado. Esta situación se repite a lo largo de la historia con independencia del periodo, como se advierte en las correrías del caudillo escocés William fitz Duncan en el condado de York durante el siglo XII, en extremo atroces según el relato de Ricardo de Hexham:

Sin perdonar a nadie, ni por edad, sexo ni condición, lo primero que hicieron fue aplastar, de la más bárbara manera posible, a los niños y a los miembros de una misma familia ante los ojos de sus parientes, a los criados a la vista de sus amos, a los señores frente a sus sirvientes y a los maridos ante sus esposas; después, horrendo es relatarlo, se llevaron, como si de otros tantos trofeos se tratara, a las nobles matronas y a las castas vírgenes, junto con las demás mujeres. Tras desnudarlas, sujetarlas con grilletes y amontonarlas como al ganado, las condujeron a golpe de látigo y fusta, aguijoneándolas con sus espadas y otras armas. Esto ya había ocurrido en otras guerras, pero en esta se produjo en medida mucho mayor. Después, una vez que se las hubieron repartido, junto con el resto del botín, algunos de los soldados, movidos a compasión, devolvieron la libertad a unas cuantas; sin embargo, los pictos y otros muchos se las llevaron consigo a su país natal a las que les habían tocado en suerte, hasta que, al final, cuando aquellos brutales hombres se hubieron cansado de abusar de las pobres desdichadas como si de animales se tratara, las convirtieron en sus esclavas o las vendieron a otros bárbaros a cambio de unas cuantas reses.¹¹

Aunque los ejemplos contemporáneos son numerosos, destacan por la amplitud numérica las violaciones masivas durante la guerra en la antigua Yugoslavia¹² donde se denunciaron un mínimo de trescientas mil violaciones con

una ratio de condenas para sus autores baja en exceso, y en los conflictos étnicos y políticos en las regiones de África Central como Sudán del Sur,¹³ Ruanda,¹⁴ Burundi, la República Democrática del Congo¹⁵ y Nigeria, donde el grupo Boko Haram¹⁶ ha incorporado el secuestro de adolescentes como una estrategia más a su concepción de la guerra que le enfrenta al gobierno nigeriano; además de las informaciones que indican el desarrollo del comercio y la esclavitud sexual en los territorios de Siria e Irak controlados por Dáesh,¹⁷ el caso mejor estudiado hasta el presente, por tratarse de ultrajes cometidos en el ámbito del mundo occidental, corresponde a la Segunda Guerra Mundial. Es un periodo que cuenta a su vez con múltiples facetas sobre el tema que abarca desde las llamadas «mujeres de confort» al servicio del Ejército japonés,¹⁸ a las violaciones masivas en el Frente del Este y durante el avance soviético hacia Alemania y Europa Central en 1944–1945, o los abusos y asesinatos cometidos por los aliados occidentales tanto en Italia como en el norte del continente tras el Desembarco de Normandía en junio de 1944. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, tan solo en Berlín y su área de influencia, las tropas soviéticas perpetraron más de dos millones de violaciones de mujeres alemanas sin distinción de edad, a las que deben sumarse las cometidas con otras mujeres procedentes de Polonia, de los Países Bálticos, Hungría y Checoslovaquia, e incluso las soldados rusas retenidas en los campos de prisioneros alemanes desde 1941, lo que lleva al paroxismo una política de destrucción ideológica del vencido que se había iniciado en Prusia oriental, y que provocó que el índice de suicidios entre las mujeres alemanas ascendiese al 215%. Estas prácticas, en el marco de la Guerra Fría, se presentaron como el resultado de la baja instrucción y la procedencia étnica de gran parte de las unidades del Ejército Rojo, así como de la propaganda estalinista, aunque la misma animaba a vengarse de los alemanes y su población civil como respuesta y compensación por los cuatro años de ocupación nazi de numerosas zonas de la Unión Soviética, lo cual refleja el poema de Aleksandr Solzhenitsyn, *Noches prusianas*, lo acontecido:

Una queja de las paredes medio derruidas:
la madre está herida, pero aún vive.
La hija pequeña yace sobre el colchón, muerta.
¿Con cuantos hombres ha estado?
¿Un pelotón, tal vez una compañía?
Una niña se ha convertido en mujer,
una mujer en un cadáver.
Todo se reduce en frases simples:
¡No lo olvidéis! ¡No lo olvidéis!
¡Sangre por sangre! ¡Dientes por diente!
La madre suplica, «Töte mich, Soldat!» («¡Mátame, soldado!»).¹⁹

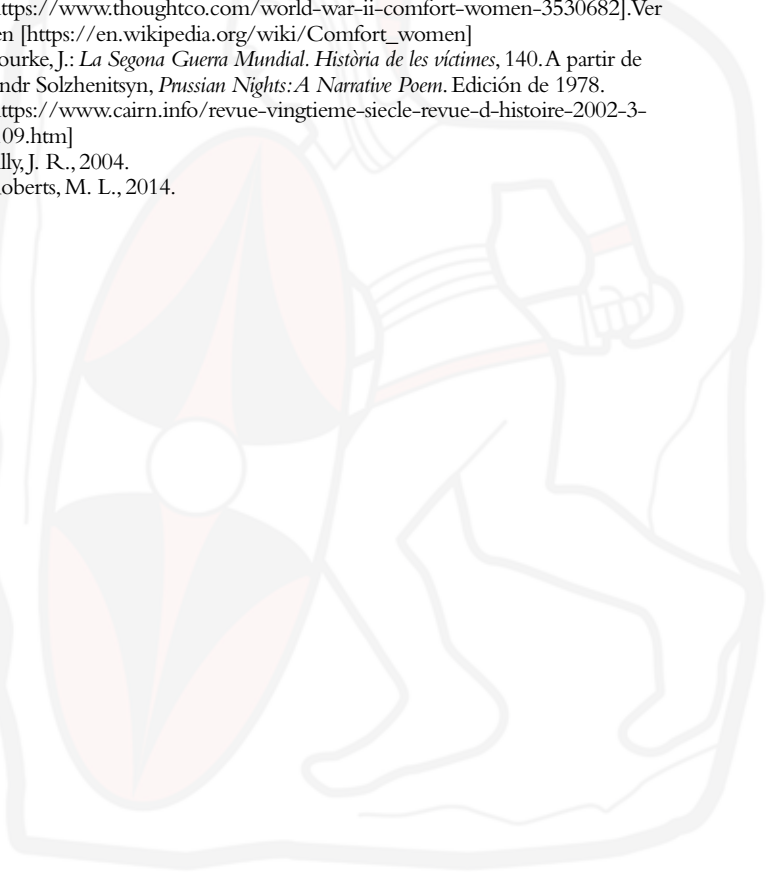
Sin embargo, hay estudios recientes que demuestran que las tropas de los aliados occidentales ejercieron violencia contra la población civil de forma indiscriminada, a lo que se suman al menos 860 000 violaciones denunciadas en los territorios alemanes bajo control occidental. Se corrió sobre ellas un espeso velo

de silencio, como consecuencia de la vergüenza de las víctimas y las necesidades políticas, pero incluso la Iglesia intentó realizar un registro.²⁰ Otras prácticas contrarias a la legislación internacional de la guerra, como el asesinato indiscriminado de prisioneros en campos de internamiento forman parte de la cotidianeidad de las actuaciones de las fuerzas de ocupación en Alemania. Una información que tan solo en 2015, coincidiendo con el setenta aniversario del fin de la guerra, se ha empezado a publicar para romper el paradigma interpretativo creado sobre el desarrollo y desenlace de la Segunda Guerra Mundial forjado en 1945 y asumido por completo por la opinión pública como *historia oficial y real*. Trabajos como los de J. Robert Lilly: *La face cachée des GI's. Les viols commis par des soldats américains en France, en Angleterre et en Allemagne pendant la Seconde Guerre Mondiale* (2004)²¹ y Mary Louise Roberts: *Des GI's et des femmes. Amours, viols et prostitution à la Libération* (2014),²² han servido para difundir una realidad mantenida oculta por motivos de corrección política entre los teóricos aliados, pero que muestra la forma en que los soldados enviados a Europa fueron aleccionados, lo que permitió que creyeran que sus acciones eran lógicas y ajustadas a derecho, pues así se lo habían inculcado.

NOTAS

- 1 Como referencias básicas, consultar: Beevor, A.: *Berlín. La caída: 1945*; Antill, P.; Hastings, M.; MacDonough, G. Para un interesante punto de partida en el que se incluyen acciones de otros ejércitos aliados, en: [http://en.wikipedia.org/wiki/Rape_during_the_occupation_of_Germany]; y [<http://www.lavanguardia.com/internacional/20150415/54430644258/soldados-occidentales-violaron-cientos-miles-mujeres-alemanas.html>]
- 2 Vid. Keeley, L.: *War before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*, 207.
- 3 Vid. Ignatieff, M., 17.
- 4 Vid. González Rodríguez, S., 2009, 28-29.
- 5 Vid. Hoskins, J., 1996a.
- 6 Vid. Armit, I.: *Headhunting and the body in Iron Age Europe*, 11.
- 7 Vid. Clunn, T., 2005. Ver también Murdoch, A., 2006.
- 8 Vid. Aldhouse-Green, M.: «Ritual bondage, violence, slavery and sacrifice in later European prehistory», 155-156.
- 9 Vid. Aldhouse-Green, M.: *op. cit.*, 156. Ver también Cantarella, E., 1996.
- 10 Vid. Armit, I.: *op. cit.*, 22.
- 11 Vid. McGlynn, S., 345.
- 12 Vid. [http://elpais.com/diario/1993/02/11/internacional/729385202_850215.html]. Ver también [<http://www.elmundo.es/internacional/2015/07/07/559aad09268e3edb708b4585.html>]; [http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2014/DIEEEEO35-2014_GuerraBosnia_DDHH_EsmaKucukalic.pdf]
- 13 Vid. [<http://www.lavanguardia.com/internacional/20170724/4351296360/sudan-del-sur-violaciones-mujeres-informe-ammistia-internacional.html>]. Ver también [<http://www.elmundo.es/internacional/2017/05/31/592edfe246163f45688b45b2.html>]; [<http://www.oxfamintermon.org/es/accion-humanitaria/testimonio/sudan-del-sur-luchade-mujeres-por-sobrevivir-en-una-guerra-de-hombres>]; [http://www.abc.es/internacional/abci-denuncia-violaciones-masivas-sudan-como-pago-milicias-aliadas-gobierno-201603111726_noticia.html]
- 14 Vid. [<http://www.ipsnoticias.net/2014/04/el-trauma-de-las-violaciones-del-genocidio-ruandes-sigue-vivo/>]. Ver también [http://elpais.com/elpais/2014/05/29/planeta_

- futuro/1401385514_906945.html]; [<http://www.un.org/es/preventgenocide/rwanda/about/bgsexualviolence.shtml>]
- 15 Vid. [http://internacional.elpais.com/internacional/2011/12/05/actualidad/1323071012_950259.html]
- 16 Vid. [<http://www.elmundo.es/internacional/2015/05/05/55485e42e2704eab568b456c.html>]. Ver también [<http://www.elmundo.es/internacional/2015/05/09/554e10aa22601dec058b456b.html>]
- 17 Vid. [http://www.elconfidencial.com/mundo/2015-06-04/hablan-las-esclavas-sexuales-del-isis-olian-nos-violaban-nos-torturaban_868318/]. Ver también [<http://www.elmundo.es/internacional/2015/12/29/5682702ce2704e9b6d8b466d.html>]; [<https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/noticias/noticia/articulo/mujeres-y-ninas-yazidies-victimas-de-una-atroz-violencia-sexual/>]
- 18 Vid. [<https://www.thoughtco.com/world-war-ii-comfort-women-3530682/>]. Ver también [https://en.wikipedia.org/wiki/Comfort_women]
- 19 Vid. Bourke, J.: *La Segunda Guerra Mundial. Historia de las víctimas*, 140. A partir de Aleksandr Solzhenitsyn, *Prussian Nights: A Narrative Poem*. Edición de 1978.
- 20 Vid. [<https://www.cairn.info/revue-vingtieme-siecle-revue-d-histoire-2002-3-page-109.htm>]
- 21 Vid. Lilly, J. R., 2004.
- 22 Vid. Roberts, M. L., 2014.



DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



La mutilación del cadáver del enemigo y la captura de trofeos macabros no es un fenómeno que, por desgracia, podamos acotar en el tiempo o arrojarlo a momentos pretéritos y más oscuros que nuestro siglo XXI. Al contrario, se trata de un comportamiento, a menudo ritual, que aparece casi de forma constante a lo largo de la historia, y en sociedades muy diversas, desde la antigua Asiria al actual Irak, y desde esos celtas que guardaban, con mimo, cráneos embalsamados a la Segunda Guerra Mundial o las abominables matanzas de los narcos en México.

El profesor Francisco Gracia Alonso, catedrático de Prehistoria en la Universidad de Barcelona y autor de libros como *Furor Barbari. Celtas y germanos contra Roma*, *La guerra en la Protohistoria* o *El tesoro del «Vita»: la protección y el expolio del patrimonio histórico-arqueológico durante la Guerra Civil*, aborda en *Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados* una tétrica faceta del comportamiento humano, no por ello normalizada en muchas ocasiones, como es la profanación del cadáver del enemigo caído. Un análisis de este fenómeno desde los diversos parámetros culturales, religiosos y éticos que permiten intentar explicarlo, inserto en discursos de poder y de memoria, en un recorrido diacrónico que nos asoma al rostro más sombrío de la psique humana, allí donde laten con violencia las pulsiones de Tánatos.

Contiene imágenes que pueden herir la sensibilidad del lector.

ISBN: 978-84-946275-6-9



9 788494 627569

P.V.P.: 24,95 €

**OTROS
TÍTULOS**